

William Agudelo

Uno

En Alemania el sol
está echado en las jarras
de cerveza. Sol suave
de verano que sale
a las dos de la mañana
pero se oculta a las diez
de la noche y me obliga
a dormir con antiparras.
Sol amigo que me muestra
a las muchachas
en vestidos volátiles,
sin sostenes ni cinchas,
con pezones que la frescura
del aire hace punzantes,
desaliñadas a propósito
las divinas que prefieren
lo flojo y lo cómodo
aunque les siente mal.

Dos

Cegado por la melena de Ulrike.
Qué lacios, largos, rojos, vivos
cabellos los suyos,
cercan su cara de grano
fino (pulpa de manzana
enmascarada por la cáscara).
¿Irascible y voluble la Ulrike
de la sangrienta mata?
¿Quién podrá saberlo ahora
cuando ya nunca lo supe?
A la luz de las velas ese cobre
barnizado de bobina, y sus ojos:
ventanas de miel cristalizada.

Cinco

El sol retoza vivo
entre las jarras de cerveza
cuyo dorado profundo
(el de un campo
de cebada madura)
me hace guiños.
Desde las mesas callejeras,
su luz con peso de miel
me invita al sosegado interior
donde las muchachas hablan
reposadas, dando vueltas
otra vez a sus asuntos
mientras
pasas sus yemas rosadas
por las amables aristas
o por el borde del vaso
en cuyo interior dormita
espesa y misteriosa,
surcada por diminutos
cohetes ascendentes,
la cerveza.

Seis

Siempre estoy en el pasillo
—si voy de Wuppertal
a Frankfurt— por ver la peña
de Lorelei y ese violento
recodo de las aguas allí
e imaginar los barcos
haciéndose astillas contra
la roca donde se peina
la llorosa muchacha
rubia. ¿La que veo ahora
en el último viaje reflejada
en el cristal hecho espejo
contra el peñasco oscuro?
Perfecta y helada Lorelei.
El pelo pesado en arroyos
de manso aceite sobre
los hombros, echado ahí
como un animal que podría
espantarse de repente.

Como de hielo esa cara
de Venus en serie, con el marco
de las delgadas trenzas
que parten sus sienes y,
atadas atrás, mantienen
su rostro libre del asedio
del pelo. Sus ojos, prendidos
de un lugar contemplado
a través del peñasco, con la luz
y el color de las uvas sin madurar.
Mi Lorelei de ese instante,
llamándome ausente
desde detrás del vidrio
que puede degollarme,
desde el borde filoso
a cuya base hacen, eterna,
su curva de inmensa fuerza
las aguas del Padrote Rin.

Siete

Viajo en tren alemán, donde
no es frecuente que se encuentren
las miradas. Algo tensa el aire:
el miedo a lo diferente o el soberbio
vecino para quien no existes.

Una joven muerde una manzana
y el chasquido me corta
la impresión de que besa
la mejilla de otra muchacha.

Vamos a mitad del viaje y dos
ancianos enfrente, hasta ahora
inmersos en sus lecturas, sacan
de prácticos maletines
sus emparedados envueltos
con método en servilletas.

Queso maduro y jamón cortados
en finas rebanadas y pan oscuro
y pesado que impone
un movimiento ansioso a
sus mandíbulas (un patinar

de quijadas) o una apacible
rumia con muelas de caucho.
Es otoño y ya ellos abren
la calefacción casi al máximo.
Los jóvenes al frente
sudan como caballos
al final de la carrera.
A veces afables, de esta clase
son los viejos que riñen
a los niños porque no juegan
más alejados de sus ventanas.

Ocho

Hay pasarelas en el zoo berlinés
para Andrea y la venada. Parecidas
en los ojos grandes separados,
en los belfos satinados tras
la caricia breve de la lengua,
en el apacible balance de la cabeza
sobre el cuello largo y grácil,
en el taconeo seco y en la
seguridad no-vidente con que
se asienta, leve, el casco.
La corta cola se agita, nerviosa,
más alta que la cruz (se posa,
rendida, la mirada en donde
Andrea debería tener
el mismo rabo blanco).
Tras el corto desfile,
viran la cabeza hacia ti
mientras te muestran,
indiferentes, la grupa
de pan recién horneado.

Doce

De Frankfurt a Wuppertal
con torticolis. Alucinados
mis ojos por el seno
que descubría el botón
suelto (no le importó, o no
se dio cuenta), cuña de fuego
en mi memoria. Como de durazno
la piel, y como lino el color,
blanco como el papel del libro
que leía. Y el rosa mexicano
del pezón aún arde
en su aireada grieta.
Con las sacudidas del vagón
era como si tan pequeño
odre de dulzura...

Catorce

Verano en la plataforma Nro. 3
Estación Central de Hamburgo.
Ella, a trasluz, con su ligero
vestido de algodón y sin
enaguas, es sólo otra graciosa
silueta sepia que danza envuelta
en el polvo de oro de la tarde. **U**

*Poemas del libro inédito *Alemania por tren*

William Agudelo (Colombia)

1943. Músico, escultor y poeta, se radicó en Nicaragua en 1966. Allí colaboró con Ernesto Cardenal en la fundación de la comunidad religiosa de Solentiname. Trabajó como director de artes visuales del Ministerio de Cultura de Nicaragua. Publicó el libro-diario *Nuestro lecho es de flores*, traducido al alemán y al inglés, dos libros sobre la Revolución Nicaragüense y numerosos poemas en revistas y diarios.

J. J. Junieles

Levanta tu rostro contra el viento oscuro

¿Por qué parece que fueras pateando el alma
mientras caminas?

Hasta las viejas se santiguan cuando te ven pasar.

No vives en la falda de un volcán,
y tu cara tampoco está
en el cartel de “Se busca vivo o muerto”

La vida va sentada en el autobús extraño que llega
cuando has perdido la ruta de siempre.

Todavía quedan refugios que desconoces,
Y alguien te espera en esa ciudad (impronunciable)
bajo tu índice en el mapa.

Ahora, levanta tu rostro contra el viento oscuro,
sal de los jardines vallados.

Recuerda que existen lugares donde hay cosas
que despertaron hoy, pero mañana ya no estarán.

el es

Poema de rodillas

Me pesan los dientes y sus caries,
las botellas lanzadas al mar,
los mensajes que llevan dentro
(El mar también)

La pintura de las paredes,
el aire en el hueco de mi mano,
lo que el viento arranca,
los castillos que derrumban los niños
en la playa.

Esta tarde me ha caído
en un hombro la pluma de un ángel,
en el otro la mierda de un pájaro,
y ambas me han pesado.

Me pesan los riñones,
la orina y su color de soles viejos,
el brillo de la luz sobre mi frente
también me pesa

Mañana todo pesará menos,
los edificios, mis ojos que los ven,
lo que hay entre ellos,
pero hoy me pesa hasta el vientre
de donde vengo, lo grito, y me pesa mucho.

Llevo mi corazón como el canguro a su cría.
Este poema también me pesa: lo dicho,
lo callado, y caigo de rodillas.

Como aire que se lleva el mundo

A la memoria de Jesús Junieles

A dónde tu pecho y las viejas palabras
hoy que los muros y el bronce publican tu
nombre,
hoy que me dan ganas de tirarle piedras a
Dios,
y casi puedo verte, mi viejo,
lejano y triste, como un santo sin milagros ni
día de fiesta.

Cordero mudo ante el pastor que lo ha
esquilado.

Que los vivos griten lo que los muertos
callan,
padre (incomprensible rostro del amor),
te imagino en un lugar donde los caminos ya
no tienen orillas,
donde la hierba no se dobla cuando la pisas.

De allá vienes, alma de mi alma,
como aire que se lleva el mundo,
un fantasma atravesando paredes para llegar
hasta esta página:
tú, para limpiarte las cenizas,
yo, para calmar mi pena.

Los años se llevan tanto de nosotros,
pero dejan la respuesta para todas las
preguntas:
que nada importa, viejo, que todos somos
inocentes,
que ya podemos dormir tranquilos.

Pasaba yo por los días

Pasaba yo por los días, amor,
cruzaba la vida urgente
como el viento llevando semillas
y también males a futuros enfermos.

Mi alma de acróbata reducida
a un autobús cruzando lugares
donde todavía se escucha
la radio con los ojos cerrados.

Todo pesaba, amor,
como si hubieran pasado siglos,
aunque para el resto sólo fuera un
instante,
un día más sobre la tierra de nuestros
padres.

Y parece que todo se venía abajo,
amor, pero a mí, heredero de nada
en particular, también le llegó su hora
para la buena suerte.

Ahora no me sale decir adiós,
amor, no me sale,
respiro hondo, sigo adelante,
basta recordarte
para perdonar al mundo.

Un día cualquiera

En Ceylan es día de fiesta nacional
y anuncian
celebraciones en todas las provincias.

Aquí, hoy es un día cualquiera,
da lo mismo decir abril o agosto.

A una niña de la casa vecina se le ha
caído su primer diente y lo ha puesto bajo
una almohada.

Alguien vigila, desde una esquina,
la entrada de un restaurante chino,
le quita el seguro a su pistola y besa
una pata
de conejo que le cuelga del pecho.

Un par de muchachos celebran goles
en el estadio, camino de vuelta a casa
aprovechan la oscuridad de un callejón
para darse un beso.

Hoy es un día cualquiera.

Hibakusha

*Peores cosas
ya han sido olvidadas.*
Tarkovski

Tsutomu Yamaguchi se encontraba en Hiroshima en un viaje de trabajo el día 6 de agosto de 1945, cuando cayó la primera bomba atómica. Sufrió quemaduras graves y pasó esa misma noche en el hospital, aunque al día siguiente pudo regresar a su casa en Nagasaki. Allí cayó la segunda bomba el 9 de agosto.

“He muerto dos veces y he nacido dos veces”, dice este hibakusha, que en japonés significa persona bombardeada.

Me pregunto qué significado tendrá todo eso, si sabemos que la flecha lanzada nunca regresa a su arco, que todos debemos vivir nuestra noche profunda del alma.

Todos somos víctimas de la mala memoria, las advertencias nunca han sido buenas contra la estupidez, y el miedo es como ir al dentista: en la sala de espera estás aterrado, pero luego te dices que no era para tanto.

Santo lugar es el pasado: Hiroshima y Nagasaki. Todos esos gritos serán una cosa remota, arena en los bolsillos, algo que el viento lleva en su escapada, una leyenda de los tiempos oscuros que se cuenta para asustar a los niños. **U**

*Poemas del libro inédito *Barrio Blues*

J.J. Junieles (Colombia)

1970. Escritor y periodista. Entre sus publicaciones se encuentran los libros de cuentos: *Todos los locos hablan solos* (2011) y *El amor también es una ciencia* (2009), y en poesía: *Canciones de un barrio en la frontera* (2002) y *Metafísica de los patios* (2008). Ha obtenido el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá (2002) y el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Alajuela, Costa Rica (2005). En 2007 obtuvo la Beca de Residencia Artística Banff Centre for the Arts de Canadá.